

ORLANDO HERNANDEZ



TEATRO

“Como en un sueño”

Reportaje bíblico

“Como en un sueño”

Orlando Hernández Martín, innegable e incansable autor teatral, entre otras plurales facetas, nos dio en este reportaje bíblico, el augurio de su futuro de autor. La pieza, estrenada ya hace ocho largos años, a pesar de la juventud del autor y del clasicismo que un auto sacramental reclamaba, rezumó en su montaje el aire casi cinematográfico que la acción dramática exige en nuestro tiempo, sin detrimento de la jugosa perenidad del verbo, condición indispensable de un teatro recio.

Es incuestionable, que si en estos momentos Orlando Hernández escribiese hoy este “Como en un sueño” que da al libro, resultaría con un tras-tueque total, acorde con la agudeza futurista demostrada en piezas posteriores, tales “La Ventana”, “Fantasía para tres” o “Prometeo y los hip-pies”, aportaciones de las que habrá que hacer un día el necesario examen.

No obstante esto, “Como en un sueño” sale a la luz en libreto, sin que pierda vigencia alguna, aceptados los conceptos tradicionales de las esperanzas bíblicas. Y su vigencia es señalable, porque a través de todo el candoroso relato, palpita la pujanza de una pasión irrenunciable a su cometido, que va señalando el dolor del pueblo, a través de ese certero personaje de Isacar, que en logradísima pincelada acusa a nuestros mismísimos días, cuando al finalizar el poema aparece con los andrajos de un mendigo de nuestro tiempo.

“Como en un sueño” se nos antoja un recio poema bíblico, que escenificado cada año por Navidad, al aire libre, resultaría el atractivo espectáculo que sorprendió en la tarde de su estreno a cuantos acudimos entre excépticos y deslumbrados, al nacimiento del autor y el poema teatral.

Como en un sueño

Reportaje bíblico en siete cuadros

Orlando Hernández

DONACIÓN
Cabildo Insular
de Gran Canaria

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE G. CAYMAN
N.º Documento 415336
N.º Copia 114092



Como en un sueño

Reportaje bíblico en siete cuadros



Orlando Hernández

El autor se reserva por medio de la Sociedad General de Autores de España, todos los derechos legales de representación, adaptación, etc.

Portada:

JESUS ARENCIBIA

Retrato del autor:

JULIO VIERA





Con el mar a la espalda y desde Agüimes, el pueblo donde nació Orlando Hernández, autor de esta pieza, carretera arriba entre curvas y hacia el geológico cuenco de Las Tirajanas, boca de donde pudo nacer la isla sentando a su vez el triduo de los Roques, hay, al borde del barranco que fue de lava, un dulce pueblo de casas blancas entre matorrales que ostenta el bello nombre de Temisas. Orlando escribió una de sus más certeras piezas con el título de "El barbero de Temisas". Pues bien, cada vez que se mira a Temisas desde la curva distante, creo que pocos habrá que no piensen en esa imagen inocente, gozosa y colmada de ternura —cosas perdidas ya— de nuestro Nacimiento de años niños. En esa perspectiva de lejana historia pudo Orlando estar cuando hace años dio a la escena de nuestro entrañable Teatro "Pérez Galdós" el libreto de este "Como en un sueño" que hoy se presenta en libro. Porque además, en el tiempo en que estamos, tal es el don inexcusable, el de la gentilidad, para un acto de fe como el presente.

Aún cuando una geopolítica al caso —distancias y fronteras naturales— pudiera sugerir otra cosa, la literatura canaria es uno de los más admirables y claros testimonios de la expresión hispánica a través del verbo castellano. Y unido a él, el giro y la retama fonal de otras regiones y pueblos peninsulares. Hablar de literatura canaria, a salvo de algún rebuscado sentimiento, sería pura teoría y, por el contrario, lo que sí es admirable es poder observar la calidad con que en todo tiempo los escritores canarios han tomado parte, a pesar de los quejumbrosos barcos de las navieras españolas hacia Guinea o América, en las letras hispánicas. No ha faltado el lenguaje genérico, de elaboración precisa sobre nuestra habla, y Galdós no está exento pese a la perspectiva de los "Episodios", uniéndose al efluvio liberal de Francia, ni se ha frustrado la posibilidad de un léxico costumbrista del que han dado testimonios muy felices los hermanos Millares, Pancho Guerra o Víctor Doreste. Con este marco, sin pensar que ahora pudiéramos hacer historia de la literatura canaria, aparece Orlando Hernández como uno de los autores teatrales más dignos de considerar en nuestras Islas Canarias.

El arte de escribir teatro no es fácil. Sabidos son los condicionamientos: el primero ese sentimiento de frustración ante la casi imposible realidad escénica, el segundo el dominio de una técnica que requiere "ver", con otra mirada, lo que se expresa. Un especial valor hace falta para la aventura, una especial pasión es precisa para creer que algún día uno puede ser oído, una indiscutible confianza en sí mismo es necesaria para arriesgarse a ser intérprete de los demás en la posible tribuna de la escena. En esa coyuntura, admira ya la cuantiosa obra de Orlando Hernández, en la que no hay que olvidar esas felices piezas radiofónicas con el personaje de Pepito el Arabe, que en los últimos años han participado, en importante partida, de la vida teatral de Las Palmas. Su dato, aún no siendo el único, basta para incluirlo como relevante en la cultura isleña de los últimos años.

Orlando Hernández, sin duda una de las más hábiles y aviesas plumas de la prensa canaria, se hace, como todos, a lo largo del duro oficio, que jalona con su producción escénica, "Como en un sueño" es obra primera y en algunos aspectos primeriza, pero en ella no falta el ansia peligrosa, que el autor llevará siempre, del llamado teatro poético, ni el ingenio del arte teatral, ni la ambición, tal y como la recuperará con esa reciente ceremonia —Sartre y Genet nos han prestado el término— de "Prometeo y los hippies". Inserto en una línea costumbrista a través de los bien elaborados —medida estructuración y equilibrio escénico, sustancioso diálogo— sáinetes de "El barbero de Temisas" o "Y llovió en los Arbejales", sabiendo reflejar la tierra propia y el léxico popular, intenta una generalización, universalización, del tema a través de otras piezas, tal "Tierra de cuervos", su pieza más autén-

tica y más cuidada, tal "La escandalosa", pieza escrita para esa princesa de la altura, Pinito del Oro, con la inicial frustración de las obras escritas para determinados intérpretes. "Prometeo y los hippies" rompe con este recorrido y señala para Orlando Hernández, sobre el damero de una sabia factura su gran posibilidad en la osadía y en lo fantástico. Pruebas dadas con antelación en las piezas "Fantasía para tres" y "La ventana", Premio "Pérez Galdós" de Teatro, en 1968, y aún inédita esta última.

Volver ahora Orlando a recuperar en libro "Como en un sueño" es, tal vez, como una regresión, tal vez como morderse la cola. Pero es un acto limpio y sano, como la lluvia que aparece en varias de sus obras, en esta tierra de la que se dice que casi nunca llueve. El tema de los misterios, los autos del Nacimiento, son la gran pureza del teatro español. Cierto que nuestra época barroca supuso para el auto, ya sacramental, una profusión de oropeles sobre lo que nació exento. Los autos de Nacimiento volvían a purificar el ambiente, la vida de los hombres. Y así también la gran rueda del año, y de la semana, y de cada día.

Las Palmas en base a su más tardía incorporación no ha aportado, como tampoco otras provincias españolas, una gran literatura escénica religiosa. Nestor de la Torre no estuvo ausente del intento. Tampoco antes, ese peregrinar de "La Infancia de Jesucristo", enternecedor. Pero ahora a lo que vamos, es grato este "Como en un sueño" con el que el autor empezó a soñar, y pensar en un Belén como Temisas, un poco más allá de Agüimes, donde el autor empezó a vivir.

ANTONIO CILLERO

Las Palmas, 16 de junio de 1970

DE LA GESTACION DE "COMO EN UN SUEÑO"

Este reportaje o poema bíblico que ahora damos a la letra impresa, nació por la pura casualidad de un encuentro. Preparaba por aquellos días la tradicional cabalgata de Reyes, de Las Palmas, el inquieto Ramón Mariño, como representante de la Casa de Galicia, organizadora del cortejo, cuando nos tropezamos y me habló de lo interesante que sería culminar dicho desfile con una representación teatral, alusiva a la celebración, en el Teatro Pérez Galdós.

Su idea me apasionó, y a pesar de la premura del tiempo, —estábamos a primeros de diciembre y la representación habría de darse en la víspera de Reyes—, le expuse mi deseo de hilvanar el texto de aquellas estampas navideñas con las que habría de culminar el espectáculo, y así encontrar mi primera oportunidad como autor. Su confianza fue plena, y a los pocos días tenía hilvanadas unas cuartillas que con la natural timidez presenté al gran actor Nicolás Puga, porque él me diera su autorizada opinión. Y cual no sería mi asombro, cuando el máximo actor dramático de nuestra escena, no sólo no me alentó, sino que me prometió incorporar el papel central de aquellas mal pagueñadas estampas.

Sólo quince días bastaron luego para comenzar los ensayos, que se fueron sucediendo al mismo precipitado ritmo que se mal hilvanaban literariamente los cuadros. Del mismo entusiasmo se contagiaron los restantes actores, algunos de los cuales pisaban por vez primera la escena, y precipitadamente se hicieron cargo de sus papeles, sin apenas saber en qué iría a parar todo aquello. Imbuído de la misma confianza, se hizo cargo de la escenografía el gran pintor Carlos Morón, cuya colaboración resultó inapreciable a esta puesta en escena relámpago.

El lector podrá suponer la excitante atmósfera en que este galopante montaje hubo de desenvolverse, sobre todo, considerando el crecido número de personajes y figurantes que en el mismo tomaban parte. Pero todo lo venció el entusiasmo y la colaboración mutua, y en su momento, "Como en un sueño" subió al escenario convertido en deslumbrante espectáculo, que sorprendió, antes que nada, a los mismos que en él participaron.

No obstante el éxito, sabemos sobradamente que en arte no cuenta el tiempo, sino la perfección, y estos apresuramientos no deben darse. Pero, el teatro es similar a la vida y las ocasiones deslumbran también en él, cuando menos las esperamos. Con holgura imaginará el lector, pues, que en modo alguno podría repetir hoy una dosis tal de ingenuidad, pero en aquellos momentos, bastante se hizo con intentar sembrar palabras de honda comprensión humana, en un espectáculo que pudo haber sido de exclusivos panderos y zagales de museo.

Hoy "Como en un sueño" tendría el ceremonial y la alquimia de la poesía que no sueña, a fuerza de pura inocencia. Pero así fue en su momento, y ahí queda, como el intento de aldabonazo que quiso ser, frente a la realidad de tanto sueño de estampa. Desde aquí, mis gracias a todos los que lo hicieron posible en el escenario y hoy lo tienen aquí, pese a este énfasis bíblico, a través del cual, a lo peor, hasta alcancé razón teatral.

DEDICATORIA

A la memoria del malogrado actor Nicolás Puga, una de las más grandes figuras del teatro canario, como recuerdo perenne a su inquebrantable y ejemplar vocación, ya que su magistral papel del Herodes de “Como en un sueño” fue su última aparición teatral, inolvidable.

A la edición de esta obra ha prestado su colaboración
UNA ENTIDAD AL SERVICIO DEL PAIS:
Caja Insular de Aborros de Gran Canaria

Esta obra se estrenó en el Teatro Pérez Galdós, de Las Palmas de Gran Canaria, el día 6 de enero de 1962, con la colaboración de elementos del "Teatro Insular de Cámara", de Las Palmas; "Teatro de Cámara de Agaete"; "Grupo de Teatro del Colegio Universitario de San Fernando de La Laguna", Cuadro de Actores del Circulo Mercantil, de Las Palmas, y Grupo de Educación y Descanso, bajo la dirección de su autor, con arreglo al siguiente

REPARTO

(Por orden de aparición en escena)

ISACAR	Chano Sosa
OSEAS	Antonio Raluy
RUTH	Juanita Hernández
ISAIAS	Orlando Hernández
AQUELARRE	Tere Lleó
MELCHOR	Bernardo de la Torre
GASPAR	Ramón Ordeix
BALTASAR	José Manuel Batista
HERODES	Nicolás Puga
ASER	Antonio Naranjo
SALOME	Pepita Domínguez
MALTHAKE	Tony Sánchez
HELI	Pedro Rodríguez
MANASES	Jesús Mariategui
DATAN...	Matías Aragunde
LEVI	Juan Carlos Domínguez
JONAS...	Manuel Jiménez Méndez
MARCOS	José J. Jiménez Méndez
MADRE...	Tere Lleó
PASTOR PRIMERO...	Alfonso Darias Felipe
PASTOR SEGUNDO...	José A. Hdez. del Rosario
PASTOR TERCERO...	Jesús Padilla
PASTORA PRIMERA	Conchita Hernández
PASTORA SEGUNDA	Sagrario García Quesada
CORO	Rafael Suárez
"	Andrés Rodríguez

Esclavos, figurantes, gladiadores y gente del pueblo.

Escenografía:
CARLOS MORON

Dirección:
ORLANDO HERNANDEZ

CUADRO PRIMERO

(La escena, un descampado de Judea sobre el que revolotean guirres y vencejos con temerosa cantata. Al fondo, tres montículos que se iluminarán cuando hagan su aparición sobre ellos el personaje Ruth y los profetas Osías e Isaías. En un lateral, primer término, una piedra sobre la que recostará su cabeza el esclavo Isacar. La escena en penumbra, de noche, sin apenas luna. Un reflector iluminará al esclavo evadido. Al levantarse el telón sopla un viento que azota arenas. Toda la imponente sencillez con que la imaginación sustenta los escenarios bíblicos).

ISACAR.—(*Esclavo evadido de su dueño, viene cansino y jadeante, a pesar de su juventud, apoyado en un cayado. Hambriento, le alimenta sólo su amor y rebeldía. Es como el esclavo de todos los tiempos*). Por fin aquí estaré libre. Hasta aquí no podrán llegar las garras de ese inhumano explotador, a cuyo yugo estaba atado sin posible esperanza.

VOZ.—(*Con eco*). Te buscaré donde sea, no podrás escapar de tu dueño, porque mi látigo llegará hasta los confines del desierto que te albergue. No habrá jamás libertad para los esclavos. El dinero será la única libertad.

ISACAR.—No, ya me he safado de tu noria, viejo canalla. Tu desmedida tiranía no podrá llegar hasta donde comienza el camino de mi esperanza. Según mi amigo, el de la sinagoga, se acerca el día de la llegada del Mesías, quien traerá otra vara, pero para medirnos las espaldas a vosotros, usureros del pan y la sangre.

VOZ.—(*Con eco*). Inútil, todo inútil, los días están contados, pero para que vuelvas al trabajo de donde has escapado. ¡Venganza de muerte te acecha!

CORO.—No te arredres, hijo de la tierra, sostén firme tus derechos, que algún día florecerá el nardo sobre la piel del desierto. Adelanta y camina, grita por nosotros, que nos tienen mudos y ciegos.

ISACAR.—Hasta el desierto se cansa de la esclavitud de su soledad, pero yo era una mula más, uncida al trabajo. De luna a sol y de sol a luna, gobernado hasta en mis pensamientos.

CORO.—Víctimas totales somos los hombres sin libertad.

ISACAR.—Se acerca la hora de la luz. Lo dicen claro las palabras de los profetas.

CORO.—¿Y hasta cuándo habremos de aguardar apretando la manzana de la esperanza entre nuestras manos doloridas? ¡Que se haga ahora la justicia!.

ISACAR.—Mi mayor pecado fue amar a la hija de mi dueño, que me estaba, como todo lo suyo, prohibido. Desde entonces su cólera no tuvo límites. Quizá pequé por amar a la hija de mi dueño.

CORO.—La mujer no tiene más dueño que el hombre al que ama.

ISACAR.—Yo nunca me había atrevido a hablarle. Pero el día aquel en que la vi junto a la boca del pozo, encendidas de fuego y leche sus mejillas, maduros sus labios como higos dulces; sin poderme contener, me acerqué hasta ella y le besé las manos, y sus ojos brillaron como la brasa de la leña buena y en mi sangre pareció cantar una legión de pajarillos de Judea.

CORO.—Tuya es esa mujer. Sigue el camino de sus brazos, para que tus hijos sean los hijos de la nueva tierra que esperamos.

ISACAR.—Ella también me ama y sufre los castigos del padre tirano, lleno de rabia cuando conoció el secreto de nuestro amor. Ella también sabe de las promesas de nuestro amigo, el de la sinagoga, y espera que pronto venga el hijo de Yavé, tremolando la bandera de la redención.

CORO.—Que venga el Esperado. Le alfombraremos los caminos para que nada estorbe su paso. Pero que venga antes de que se colme nuestra desesperación.

ISACAR.—(*Recostándose en el suelo*). Sí, vendrá; mi amigo el de la sinagoga, que tanto sabe de libros, no puede en-

gañarme. Tiene que suceder, porque se nos dijo: "procread y multiplicaos y henchid la tierra; sometedles y dominad sobre cuanto vive y se mueve..." Y, ¿qué vamos a someter ni dominar, si somos nosotros los sometidos y dominados sanguinariamente? Esto tendrá que acabar un día y ese día está próximo.

CORO.—Que Yavé te oiga, antes de que nos cansemos de esperar.

ISACAR.—Nos oirá, seguro que nos oirá. Estoy hambriento y fatigado. Estoy demasiado fatigado de tanto desierto interminable. *(Ha comenzado a oscurecer, Isacar se ha recostado totalmente, reclinando su cabeza sobre la piedra, mientras dice antes de quedarse dormido).* Pero yo tengo que ayudar a salvar a mi pueblo y ella tendrá que venir a mi lado. Tenemos que ayudar a salvar a nuestro pueblo. *(Tras un oscuro total en el que desaparece el grupo que forma el coro, se ilumina el montículo central y aparece Ruth, iluminada como figura del sueño de Isacar).*

E S C E N A II

RUTH.—No necesitas implorar mi presencia, estaré siempre a tu lado, como desde aquel momento en que mis ojos tropezaron con la antracita de los tuyos, junto al brocal del pozo de mi padre. Y Yavé, el anunciado, tendrá que oírnos y venir en nuestra ayuda, porque El desea que el amor crezca bajo su mirada. Hemos de crecer y multiplicarnos, y yo te amo con toda la fuerza que han tener los amores para que den frutos fuertes y lozanos, capaces de fecundar con su abrazo potente la desolación de nuestras tierras yermas como esteras de silencio. *(Comienza a escucharse una música suave, como de pastores que tañen sus flautas).* Isacar, tú permanecerás en mi corazón, aunque mi padre se afane en unirme al viejo Datán, porque el usurero tiene un centenar de ovejas y escucha los primeros cantos del gallo y trabaja desde todas las auroras, porque ya la noche no tiene sentido para él. Pero cuando yo escucho desde mi tienda el tintineo de las

esquilas de sus ovejas, no imagino otro cayado que el tuyo y me sueño corderillo de tu redil y matojo para tus sandalias. La maldición de Noé a Canaán también te hizo su presa, pero tú no pides rebelión por envidia como Coré; Datán y Albirón la tuvieron a su primo Moisés. Tú pides justicia y amor, pero dicen los sacerdotes que los hombres se han corrompido y se han hecho abominables por sus pasiones; que todos se han extraviado y todos a una se hicieron inútiles. Que no hay quien obre bien, ni uno siquiera. Yo no puedo creer tanta maldad en el hombre. Pero si así fuera, del trigo de nuestra unión podrían brotar las nuevas espigas que sean la semilla sana y robusta, digna de nuestro Padre Abraham.

Pero quieren impedirnoslo. Desean poner una barrera entre nosotros, para que tus hijos que serían los de mi amor verdadero, sean siempre esclavos de los hijos del viejo Datán, como esclavo será mi corazón del tuyo. ¿No llegará de una vez la justicia, Señor? *(Tras el monólogo de Ruth, la luz toma reflejos rojos. La música se ha hecho densa y solemne, mientras se ilumina el montículo en el que aparece el profeta Oseas).*

OSEAS.—El hombre tendrá que volver en si y amar su realidad elemental. Yo fui elegido por Dios para que reprendiese la mala vida de los reyes de Israel, porque como les dijo Amós: “Descansan sobre lechos de marfil, comen los terneros más gordos, y beben vino hasta saciarse, mientras el pueblo permanece en la miseria”. Pero yo les digo a los que sufren, que el Mesías descenderá de David para traer la paz al mundo. Amará a todos sin distinción, y será para Israel como el rocío benéfico, y sus ramas se extenderán por todas partes.

RUHT.—Tus palabras me llenan de consuelo. Todavía nos alentamos con palabras como único consuelo. Pero han pasado tantos años desde que las dijiste, sin que se cumplan, que el pueblo las ha olvidado y aún continuamos odiándonos los unos a los otros.

OSEAS.—Pero no te preocupes, mujer, nuestro Padre Moisés nos lo dijo bien claro: “No se apartará el Cetro de Ju-

dá, hasta que venga Aquel que será coronado, y será esperanza de todos. A El obedecerán todas las naciones”.

RUTH.—Sí, pero hoy nos gobierna un tirano extranjero, y nuestras tierras siguen ariscas y nuestros mismos padres nos dominan como si estuviésemos tan malditos como Canaán por el suyo.

OSEAS.—No olvides que los hombres prometen siempre y olvidan pronto. Recuerda el becerro de oro que adoraron ante Moisés. Pero Dios no es tan fácil que olvide, y ya se acerca. Balaan dijo: “Le veo pero no ahora. Le contemplo pero no de cerca. Una estrella saldrá de Jacob y su cetro se levantará en Israel”. Mujer, espera, pues, su reino; nos lo aconsejó Amós: “Busquen al verdadero Dios. No busquen el mal sino el bien. Reine la verdadera justicia entre todos”.

RUTH.—Que se digan tus palabras, pero que se cumplan en todos los vientos. *(Se ha hecho el cambio de luces, se ilumina el otro monte y aparece la figura del profeta Isaías).*

ISAIAS.—“¡Oid cielos, y tú, oh tierra!, escucha, porque el Señor habla. Crié hijos y los engrandecí, pero ellos me despreciaron. El buey conoció a su amo y el asno el pesebre de su dueño; mas Israel no me reconoció y mi pueblo no me atendió. ¡Ay de la nación pecadora, del pueblo cargado de pecados, raza maligna, hijos malvados! Han abandonado al Señor, han blasfemado del Santo de Israel, le han vuelto las espaldas. ¿Para qué os heriré de nuevo a vosotros, que añadís pecados a pecados? ¿Es que no veis a las claras cuál es el verdadero camino? Ciegos voluntarios sois, que no otra clase de ciegos.

OSEAS.—¡Oh Isaías, cuánta verdad has dicho! El pueblo de Dios está recibiendo el pago de sus obras. Viven de ellos mismos. En ellos están sus males.

RUTH.—Nada se hará sin el consentimiento de nuestro Padre, y a El lo esperamos. Aguardamos su Reino, no podríamos vivir, aunque quisiéramos, de nosotros mismos.

ISAIAS.—En efecto, Jerusalén amenaza ruina y Judá se pierde, porque tanto sus palabras como sus obras están contra el Señor y desafían la mirada de su Majestad. Su frente da testimonio contra ellos; en lugar de ocultarlos, publican sus pecados. ¡Ay de ellos! Se les dará el castigo que merecen. Feliz el justo, porque el bien es para él, comerá del fruto de sus obras. ¡Ay del impío!, para él todo lo malo. Será tratado según lo que merece.

RUTH.—El era bueno, señor. Isacar amaba la libertad y la belleza, y amaba a los otros siervos y esperaba a nuestro Rey y me adoraba a mi. Los pobres no conocen otro pecado, Señor.

OSEAS.—Pero se rebeló contra su dueño y odió a tu padre y odió su misma pobreza.

RUTH.—No les odiaba. Me amaba demasiado y esperaba la libertad y la justicia, como los pelados montes de Judá aguardan frente al sol el rocío benefactor.

ISAIAS.—Pero no supo esperar, que forma es también de pecado. Recuerda el caso de la viña mimada, que a pesar de los cuidados y desvelos del labrador, en vez de uvas buenas las dio silvestres; la viña fue talada como merecía. Igual ha sucedido con los hombres de la Casa de Judá, el Señor creyó encontrar un pueblo inocente y no escucha sino clamores revoltosos cuando tanto queda de prueba al hombre.

RUTH.—La viña al menos fue probada y predilecta, luego fue pisada porque todos sus sarmientos brotaron salvajes. Pero Isacar ha sido probado sólo en la dureza, y ahora sólo desea la justicia necesaria.

OSEAS.—Tú no puedes quejarte, son muchos los que sufren mayor esclavitud y hambre.

RUTH.—Lo sé, hay siervos peor tratados que él, pero mi corazón también es siervo y lloro por ellos y por mi.

OSEAS.—También llorará el Señor sobre todos. Y su momento se acerca, porque a quien el Cielo no podía contener, el seno de una Virgen lo contiene.

ISAIAS.—Es cierto, mujer; es hora que despierte el pueblo, ha llegado su momento. “Escucha pues Casa de David: ¿Os parece poco agravio el hecho a los hombres y queréis hacerlo también a mi Dios?”.

RUTH.—Amo al hombre y también a mi Dios. No hice yo los abrojos para su planta, y bendigo su Santo Nombre.

ISAIAS.—Preparaos: porque, “saldrá un tallo del tronco de Jesé y de su raíz se elevará una flor. No juzgará por las apariencias, ni condenará sólo por lo que oye decir, sino que juzgará a los débiles en justicia, y defenderá con rectitud a los pobres de la tierra. ¡Basta ya de males y destrucción en el Santo Monte, porque la tierra está lleno del conocimiento del Señor, como el mar rebosante de agua y de arenas el desierto. En aquel día, el tallo de la raíz de Jesé, que está puesto como estandarte para los pueblos, será buscado por las naciones, y su sepulcro será glorioso”.

RUTH.—Pero no todo ha de brotar del sepulcro. La naturaleza es hermosa. Queremos que venga a nuestra vida, que llegue hasta nosotros.

OSEAS.—Acercaos a El, que habita en todas partes.

RUTH.—Buscándole estamos, cansados tenemos los ojos y sangran nuestros pies. Ya nos duelen los brazos de implorar, y en los labios se nos están agotando las palabras.

OSEAS.—Llenaos de El.

RUTH.—Estoy llena de esperanzas.

ISAIAS.—Pues su tiempo está próximo a llegar, sus días no se retardarán, porque el Señor se compadecerá y escogerá todavía a Israel y los devolverá a su propia tierra. Los extranjeros se unirán a ellos y se unirán todos a la Casa de Jacob. ¡Oh Señor!, enviad el Cordero dominador de la tierra, desde la roca del desierto al monte de la hija de Sión. ¡Qué el mundo sea uno bajo un solo cayado!

RUTH.—¡Señor, que el riachuelo Arnón no sirva para separar Judea de Moab, donde tal vez pase hambre Isacar!

OSEAS.—Si pasase hambre, sus hermanos pecadores serán los culpables.

ISAIAS.—En efecto, y ¡ay de ellos!, porque la tierra será devastada y entregada al pillaje. La tierra se haya profanada por sus habitantes, porque han violado la ley, tras-pasando los preceptos y quebrantando la alianza eterna. Por eso los moradores de la tierra serán consumidos y sus sobrevivientes tan pocos.

(Se hace un oscuro y desaparecen los profetas de sus montes, mientras Isacar, adormilado aún, grita sobresaltado).

ISACAR.—No, Padre Isaías, preferimos tus otras palabras: “Señor, no te irrites en demasía, no tengas siempre presente nuestros pecados, mira y considera que somos tu pueblo. Tus ciudades santas han quedado desiertas. Sión es un yermo, Jerusalén, un lugar desolado. ¡Oh, Señor! ¿Hasta cuándo permanecerás insensible y te callarás, humillándonos hasta el extremo? ¿No es aún nuestra hora? *(Tras sonoros compases musicales aparecen los personajes del coro, que recitan los deberes para con los pobres, del Eclesiastés).*”

UNOS.—Poderoso: no arrebatas al pobre tu sostén, no vuelvas tus ojos ante el necesitado.

OTROS.—Da al hambriento y satisfaz al hombre en su necesidad.

UNOS.—No irrites el corazón ya irritado y no difieras socorrer al menesteroso.

OTROS.—Arranca al oprimido del poder de su opresor y no te acobardes al hacer justicia.

UNOS.—La altura de los cielos, la anchura de la tierra, la profundidad del abismo, ¿quién podrá medirlos?

OTROS.—Los que teméis al Señor esperad la dicha, el gozo eterno y la misericordia.

UNOS.—Considerad las generaciones antiguas y ved: ¿Quién confió en el Señor que fuese confundido?

RUTH.—Podré decir con el Cantar de los Cantares: “Como manzano entre los árboles silvestrés es mi amado en-

tre los mancebos. A su sombra anhelo sentarme y su fruto es dulce a mi paladar". Te seguiré esperando, Isacar, por encima de todas tus condenas.

ISACAR.—(*Despertando sobresaltado*). ¡Ruth, Ruth! (*se levanta intenta correr tras ella, pero la visión ha desaparecido*). Pero, ¿qué digo? ¿Habré estado soñando? Sí, seguramente fue un delirio de mi mente fatigada, pero la ví tan bella, tan real, que no cabe duda. Sí, era ella. (*Llamándola*) ¡Ruth, Ruth!

SIBILA.—(*Apareciendo tras una risa diabólica*). No grites más, pobre Isacar. Las palabras de los esclavos y de los que protestan no suelen tener sentido. Ni siquiera las palabras, porque nadie las escuchará. No te esfuerces, porque no habrás de encontrar nada de lo que buscas. Engaños tan sólo. Te engañarán siempre con promesas que no se cumplirán, pobre Isacar. (Risa).

ISACAR.—¿Qué dices? ¿Por qué hablas tan miserablemente?

SIBILA.—La verdad suele parecer siempre funesta. Pero tú no hagas caso, vive y no te esfuerces; ha sido solamente un sueño. Un sueño que será tu realidad. Pero no te preocupes, sueña, porque además, no podrás evitarlo. En Dios no hay distancias ni tiempo. Los sueños tampoco lo tienen. Tú conocerás desde lo que viste antes de nacer el Mesías, hasta mucho siglos después de que hubiere nacido. Y todo soñando, esperando, que sigan viviendo de ilusión los hombres. Los pobres hombres. (*Tras nueva carcajada diabólica se hace el oscuro total, finalizando el primer cuadro*).

C U A D R O S E G U N D O

(Encuentro de los Magos)

(En un alto del camino, en el desierto, los tres Magos están acampados, las provisiones en el suelo, y los camellos a su lado, descansando. Están comiendo unas frutas secas, mientras que por un lateral aparece Isacar).

ISACAR.—(*Entrando, sudoroso de caminos*). Por favor, ¿sabéis si hay alguna fuente cercana donde pueda calmar mi sed?

MELCHOR.—Por estos alrededores no hemos tropezado fuente alguna. Estamos en el desierto.

ISACAR.—¿Y vosotros no podríais facilitarme un poco de agua?

GASPAR.—Nuestras provisiones son escasas y no debemos hacer dispendios. Nos hemos propuesto una meta y no podemos privarnos de los medios necesarios para llegar a ella.

MELCHOR.—No te excites, Gaspar, sé comedido; pues antes de llegar al Rey es justo que contentemos antes a los súbditos.

GASPAR.—No es sobresalto, pero en la escasez hemos de ser nosotros los primeros.

BALTASAR.—Gaspar, dice bien nuestro hermano Melchor, ¿qué noticias darían a su Señor, si fuésemos dejando regueros de discordia? Nuestros ojos están cansados de tinieblas y la luz se acerca. Calma tu sed, hermano. *(Le ofrece el ánfora que Isacar acoge sediento).*

ISACAR.—Gracias, hijo del desierto *(bebe)*. Tú sabes bien lo que importa la sed. Hablasteis también de la luz, pero a los buitres favorecen más las tinieblas.

MELCHOR.—¿Acaso sabes de qué luz hablábamos?

ISACAR.—Supongo, señor, que de la claridad que es tan sólo una. Y ya es hora de que nos ilumine la justicia y la verdad.

BALTASAR.—Ya dicen que ha nacido. Nosotros vamos en su busca.

ISACAR.—Os han engañado. Que esperamos a nuestro Rey es cierto, pero todavía no ha llegado ni se sabe de su proximidad.

MELCHOR.—Ya está entre nosotros. Hemos visto la estrella que nos anunció su nacimiento.

ISACAR.—Eso es imposible. Nosotros continuamos bajo el mandato de Herodes el Idumeo, y bajo la tiranía de nuestros dueños. Si hubiese venido nuestro Rey ya nos habría rescatado.

GASPAR.—No seréis vosotros solos los escogidos. El mundo entero le pertenecerá.

BALTASAR.—Con la albura de su manto cubrirá la antracita de todos los rostros.

MELCHOR.—Nos lo dijo Balaán: “He aquí lo que anuncia el hombre que ha oído la palabra de Dios, el hombre que ha conocido el pensamiento divino, el hombre que ha visto las visiones de Dios. Yo le veo en la lejanía, le descubro en los horizontes del porvenir. Una estrella se levantará de Jacob, y su cetro se alzarán en Israel para todos”.

GASPAR.—Es cierto que se encuentra ya en la tierra; nosotros llevamos nuestros mejores presentes para ofrendárselos.

ISACAR.—Pretendéis ahora hacerle vuestro: ¿por qué no habéis participado también de nuestros sufrimientos?

BALTASAR.—Ciegos han estado nuestros ojos y negro es mi rostro como la pena de las noches sin luna. A los montes de Ecbatana subí muchas veces para inquirir más cerca de las estrellas, sin que recibiera respuesta alguna. Pero un día se acercó un resplandor hasta nosotros, cuando menos lo esperábamos, y ya vamos camino de la esperanza.

MELCHOR.—El dolor no tiene color, hermanos. Infelices los ojos que permanezcan siempre secos como erial sin bordes. No llegarán a sonreír ante aurora alguna (*Aparece, tras un resplandor, la estrella-guía*).

BALTASAR.—Allá llega la estrella, caminemos, porque el Rey de los judíos está incendiando el mundo con su resplandor.

ISACAR.—También yo iré, porque quizás a las plantas de ese Rey, encuentre yo el corazón de Ruth, postrado con el corazón de la Humanidad. (*Los magos comienzan a preparar sus cabalgaduras, montan sobre ellas para reanudar el camino, y tras una misteriosa oscuridad aparece la anciana Síbila, personaje simbólico, que no ven los Magos*).

SIBILA.—(*Tras una carcajada*). Siempre soñando, Isacar, y bien claro te lo dije. Pero no quieres comprenderlo. Yo vuelvo a mis tinieblas y tú seguirás en tu ilusa noche. Tus aspiraciones vanas no podrás conseguirlas sino en sueños. Pero es bueno que continúes soñando, que no despiertes nunca, porque la realidad te será siempre adversa. No olvides que naciste esclavo, que te han hecho esclavo. ¡Pobre Isacar! (*Tras nueva risotada, los Magos han salido, Isacar intenta seguirlos, confuso, mientras se hace oscuro total*).

CUADRO TERCERO

Palacio de Herodes el Grande

(Salón del trono de Herodes el Grande, con toda su magnificencia. A un lado y otro del trono, esclavos y gente de palacio presencian el forcejeo de dos atletas que hacen exhibiciones ante Herodes, quien se divierte cínico y algo beodo. Música y franquela palaciega).

ASER.—No los conseguí más fuertes en toda Judea, señor. Es justo que lo demuestren. Esta lucha no debe tener vencedor.

HERODES.—(*A los esclavos que están sirviendo en la fiesta*). Escanciadme, que mi copa esté siempre llena de roja alegría, que es lo que importa.

ASER.—(*Sibilino*). El mejor mosto de las vides de Judea lo estáis apurando, señor. Y si os fijáis, están mostrando su corpulencia ante vos, los dos hombres más potentes de nuestra tierra.

HERODES.—Me divertía más el imbécil que hacía malabares. De corpulencia no se puede presumir ante vuestro monarca.

ASER.—Todos lo reconocen así, señor. Pero a un monarca de vuestra talla corresponde un pueblo de titanes. Si alguno de esos dos venciera, bien merece vuestra consideración.

HERODES.—Tú lo has dicho; el vencedor deberá medírsele con una fiera. ¡Escanciadme! (*Los esclavos le atienden inmediatamente*).

SALOME.—(*Sentada a su derecha, dominante*). Hermano, no hemos de distraernos en estos juegos intrascendentes. Hay asuntos de mayor importancia en los que hemos de ocuparnos. La ciudad de Augusta, que estás concluyendo, necesita mayor atención. Los esclavos no rinden lo que debieran; ya debería estar totalmente concluida, y aún se entretienen con la disculpa de los últimos retoques, cuando las ciudades no se terminan nunca del todo. Tú has de triunfar con mano dura, empuña el cetro con más firmeza y desecha tanta esclava que te admira inútil. (*Por las que están ante el trono*). Hazlas estrangular, sobre todo a esa funesta Maltake, perdición de tu magnificencia.

HERODES.—Salomé, por vez primera te ordeno silencio. Estoy harto de tus continuos mandatos y ahíto de sangre. Quiero llenar de rosas mis jardines; hacer una primavera para mi. (*Toma una fruta y se la acerca a los labios en derroche sensual*).

SALOME.—Las espinas de esas rosas adornarán tu lecho, manteniéndote en vigilia; ellas serán tu pesadilla. Te lo dice tu hermana.

HERODES.—Sobre esas mismas sombras quiero emborracharme de alegría. Divertirme como un Dios real al que nada le está prohibido. Ya lo ves, (*señalando a las esclavas*) todas me admiran orgullosas de mi gloria. Doblégate también tú, Salomé, admírame de rodillas, como me admiran todas.

SALOME.—Para tu perdición. Recuérдалo, por encima del vano mármol de tus estatuas quedarán grabadas en piedra fría mis sabias palabras.

HERODES.—(*Ebrio, colérico*). ¡Calla, Salomé, calla! ¡Salid todos! Iros todos, que no quede ni uno destruyendo mis sombras. Reino también sobre los espectros y quiero sostener mi diálogo con ellos. (*Van saliendo los esclavos. La lucha cesa y Salomé desaparece llena de rabia por la puerta del fondo. Aser, el mayordomo, hace ademán para hablarle, pero Herodes lo rechaza implacable*). ¡Fuera!, quiero quedarme a solas con mis sombras. (*Solo, delirante*). Os mandé dar la muerte y escucho los rumores de vuestras vidas en mi conciencia. Mi frente está torturada y vosotros

estáis libres. A la cabeza está Mariamna, la esposa que aborrecí porque no quiso ser fuente, porque no lo necesitaba. (*Ensimismado en un lateral*). Jerusalén, tú sí que sabes de mis triunfos; te conquisté con mis armas y mi astucia, con las armas de mi astucia, y tuve que derribar a muchos para que no me derribaran a mí. Si mandé matar a mis hijos, otros nuevos hijos te he dado a ti. Borré a tus setenta Miembros del Sanedrín porque embaucaban a tus hombres, y no me arrepiento; volvería a matarlos para que no engañen por más tiempo al pueblo. Sólo el águila de Roma vuela por ahora sobre el cetro potente de Herodes el Grande, pero sólo por ahora. La magnificencia de mi corazón es similar a la grandeza que te he dado. Te he sembrado de palacios y templos y te he adornado con teatros suntuosos. Samaria, ahora Augusta, es bella por mí, y Cesárea ha surgido bajo mi voz. ¿Por qué han de aterrarme los espectros? ¿Por qué me cercan estas pesadillas sin saber quién las suscita?...

Tal vez salgan de tu templo, Jerusalén. Pero tú no puedes recriminarme, te he embellecido más que lo hiciera tu artífice Salomón, no puedes quejarte; pero es inútil, el espíritu de los templos es insaciable. Te he dado mi grandeza y me tienes solo con las harpías de mis sombras, de mis muertos. Pero yo sabré también acabar con los espectros.

MALTAKE.—(*Entrando*). Señor, las luminarias de la galerías de vuestro palacio no se han encendido aún y está ya la tarde demasiado negra. Sólo a vuestro lado encuentran sentido las noches.

HERODES.—¡Mi querida Maltake, para ti no existen prohibiciones! Pasa, estás siempre llenando mi estancia. Las luces de palacio brillarán enseguida llevándose esta angustiosa soledad.

MALTAKE.—Señor, sabéis que Maltake os adora, pero teme a vuestra hermana y os teme también a vos. Cuando siento vuestros brazos, no sé si abrazan o ahogan. Mi corazón vive la angustia de la incertidumbre.

HERODES.—(*Con sarcasmo*). Calla, no temas, no puedes temer. (*Abrazándola*). Las caricias de Herodes el Grande son

bien definidas. Para matar no se abraza. El día que te detestara, mi sola mirada te fulminaría. Todavía tienes gracia y encantos delante de mi; más no tiembles nunca, porque el temblor fue la muerte de Mariamna, quien arrastró tras sí el cadáver de Alejandra, su madre. Pero yo no quería matarlas, yo no quería. ¡Pobre Mariamna!

MALTAKE.—Vuestras palabras me fortalecen. Nadie os amó como yo. Mi pasión está en vos y de vuestra imagen me habla toda la grandeza de Jerusalén.

HERODES.—Sí, el idumeo se ha multiplicado en sus obras y su gloria corre de boca en boca, aunque las sombras de mi esposa y de mis hijos me asedian noche y día. Pero yo ahogaré con sangre sus gemidos y teñiré de rojo los límites de Judea. (*Estrechándola*). Quiero sentir el fuego de todos los labios, para apagarlo luego con el hielo de mi desprecio.

MALTAKE.—(*En sus brazos*). Jamás borraréis el mío, señor, Aun cuando se apaguen los astros, seguirá palpitando vuestra llama en mi corazón.

HERODES.—Gracias, querida Maltake. Mi desprecio por todos me da vida. El amor es como mi centauro, mitad caricia y mitad sayón. Nací para ser amado, por eso me despreciáis vosotras, y por eso os desprecio yo.

ESCENA SEGUNDA

ASER.—(*En la puerta, sin atreverse a entrar*). Señor, cuando lo permitáis quisiera daros mis nuevas.

HERODES.—Aguarda Aser, tu presencia agorera me entabla siempre la terrible lucha. Pero no puedo, he de seguir saciando mi sed insaciable. Maltake, aguarda en mi cámara.

MALTAKE.—Los mejores perfumes de nuestras flores bañarán mi cuerpo, señor.

HERODES.—Adelante, Aser, eres mezcla de noche y aurora y tienes el filo de los cuchillos de mis manos. Habla.

ASER.—Cada día se pregonan más vuestros triunfos. Los pequeñuelos de Babá, últimos descendientes de los despreciables asmoneos, han sido gozosamente exterminados. Ya esa dinastía de sierpes no podrá turbar vuestro sueño. Sois Rey de Judea, amigo de los griegos y admirado de Augusto. Tal vez no esté lejano el día en que seáis vos el único admirado y señor.

HERODES.—(Indignado). ¿Es qué no lo soy ya?

ASER.—Me refería a cuando os decidáis a conquistar el mundo.

HERODES.—Quizá lo intente algún día, huyendo siempre de mí mismo. Mientras, quiero que desaparezcan Judas de Sarifeo y Matías de Margaloth, juntamente con otros cabecillas fariseos. No quiero que cese el río de sangre.

ASER.—Entendido, señor, se afilarán bien las cuchillas y se aprestarán manos diestras.

HERODES.—No ha de ser así, Aser, no me conoces. Herodes el Grande es demasiado magnánimo para condenarles a una muerte tan silenciosa y oscura. Herodes quiere divertirse y purificarles a ellos. Han de ser quemados vivos para que sus luminarias adornen nuestras pesadillas. Mis pesadillas... *Ríe sardónico*).

ASER.—Permitidme; vuestra idea por vuestra, es ya genial; pero tal vez los romanos con su terquedad y soberbia no admiren en toda su grandeza vuestros exterminios, y a causa de ello puede que os nieguen también su aprecio los helenos...

HERODES.—Nadie podrá dejar de admirarme. Augusto se mira en mí como en el espejo de Oriente. Los descendientes de Sócrates están alzando mi estatua en Atenas, y mi nombre avanza en boca de todas las cortes del mundo. ¿Qué más se puede pedir?

ASER.—Señor, veo clara vuestra estatua alzada en nubes de gloria. Pero para que el contento fuera unánime, habría que contar un algo con el pueblo.

HERODES.—Mi generosidad no puede ser mayor. En gesto magnánimo por tanto éxito, voy a ofrecer un donativo de treinta mil talentos para que los derroche el pueblo a mi salud.

ASER.—Bien, siempre está a punto vuestra agudeza. Al pueblo de vez en cuándo hay que ofrecerle algo para adormecerle.

HERODES.—Lo sé sobradamente. Por eso quiero tenerlo a gusto en esta ocasión, para poder entregarme más libremente a mis placeres. Los aullidos de los miserables que piden ropas y alimentos suelen molestarme en muchas ocasiones. A veces los he oído cerca mismo de las puertas de palacio. Y la verdad, esos hambrientos desarrapados constituyen siempre una visión desagradable.

ASER.—Sobre todo eso, una visión desagradable. Por ello habéis tenido una estupenda idea al hacer esa donación.

HERODES.—Y si es necesario doblaré la cantidad. Lo que deseo es que no lleguen a mi sus lamentos por algún tiempo, y sobre todo, que no los vea por las calles, que se oculten a mi paso.

ASER.—Descuidad, señor, a vuestro paso habrán de ocultarse todos los pobretes y miserables. Con esa donación que habéis hecho habrán fiestas en vuestro honor y se os aclamará como vuestra grandeza merece.

HERODES.— Eso. Que lllore y ria el pueblo, bien lo dice Horacio: “gocemos hoy del vino y del amor, la muerte sin esperanza nos espera, no perdamos un día”. Maltake, ven a mis brazos, quiero quemarme en tu fuego. (*Como un fauno hace mutis hacia las habitaciones a las que entró Maltake*).

ESCENA TERCERA

ASER.—¡Necio, qué fácil se te adormece...! Pero la última fiesta no agradó, fue un ruidoso fracaso. Los calculadores matemáticos no valemos para estos refinamientos, y yo no puedo perder gra-

cias ante él, porque me acarrearía mi perdición. Se harán orgías, pero los treinta mil talentos no se gastarán íntegros, alguna parte nos reservaremos, porque no voy a hacer una excepción en mis costumbres; ya se justificarán como sea. Después de todo, el pueblo es tan numeroso y va a ser tan escasa la cantidad que les toque, que no van a notar el fraude. Además, no les queda otro remedio que aguantarse; ya sabré yo defender a mi señor ante aquellos que le censuren, pues aunque conozco en demasía al Idu-meo, si le destronan, otros harían lo que yo: ¡Aprovecharse!, pero no les será tan fácil conseguir el cambio. (*Llamando*). ¡Helí! ¡Helí!

HELI.—¿Qué deseáis, señor?

ASER.—Dí en mi nombre a Manasés, que le aguardo con impaciencia.

HELI.—Bien, señor. (*Sale*).

ASER.—Manasés es un verdadero artista para organizar sa-raos, pues aparte sus dotes y gusto exquisitos, es el que me conviene. Suele conformarse con poco. Es un loco el infeliz, vive de sueños, pero yo sé aprovechar sus pesadillas.

MANASES.—¿Me reclamabas, Aser?

ASER.—Acércate, mi querido amigo. El Rey está cada vez más entusiasmado con tus refinamientos, y los festejados conocen ya dónde se ha puesto tu mano, sin necesidad de que se les advierta. Me imagino que no habrá en adelante acto palaciego que no lleve el distintivo de tu sello.

MANASES.—Gracias, Aser; regateas menos tus cumplidos que las monedas. Suelen ser magnánimo en palabras, tanto, que con las ideas de Platón y tus abundantes frases, hubieses podido ser un gran pensador.

ASER.—Siempre tan sutil...

MANASES.—Lo que nos queda, Aser. Eso, y la satisfacción de ser quiénes somos. Tú cuentas tu fortuna en monedas, otros la cuentan en ética y estética, aunque nos tomen por tontos los administrativos que nos conceden

la gloria, y ellos se quedan con el provecho. Pero a los artistas no nos queda otro remedio que aguantar, mientras los estados estén así concebidos.

ASER.—No comprendo a veces tu lenguaje; pero sé que estás ganando la predilección de Herodes.

MANASES.—¡Gran cosa, si fuera posible! Pero Herodes no tiene predilección alguna. Le interesa todo lo que le interesa. Sabe que el mundo de las ideas es necesario para todo gobernante y procura exprimírnos. Pero en el fondo se burla y nos compadece; y nos teme, que es peor.

ASER.—En tus obras, Manasés, derrochas tanta alegría, como acritud en tus pensamientos y palabras.

MANASES.—Es que mis palabras son conclusiones que sacó de vosotros, y mis obras brotan de mi mismo.

ASER.—(*Intentando cambiar*). Pues verás, en esta ocasión podrás lucirte, entreteniéndome a la par al monarca y al pueblo.

MANASES.—El monarca está más que entretenido, y en cuanto al pueblo, tiene desgraciadamente la boca tan desacostumbrada a la risa, que se les cuartearán los labios en cuanto rían. Pero ya veréis el día en que se les oriente, en qué se tornarán esos famélicos.

ASER.—¿Sabes de algún intento de conspiración?

MANASES.—¿Conspiración aquí? Permíteme que me ría; tenéis tan bien atadas las cosas, que cualquiera va a intentar moverse siquiera. Pero esa es vuestra gran equivocación.

ASER.—¿Cómo? ¿Sabes de algún descontento?

MANASES.—¿Es cinismo o pregunta?

ASER.—Sabes que entre nosotros hay suficiente confianza para hablar claramente.

MANASES.—Con déspotas como nuestro gerifalte, no hay nunca posibilidad de confianza. Cuándo menos lo esperas te pueden enviar a la mazmorra más fría.

ASER.—Sin embargo ,a ti se te trata bien...

MANASES.—Porque me someto a vuestros deseos, pese a mí. Por ejemplo, ahora: ¿qué nuevas botaratadas se os ocurren?

ASER.—Quisiera, que al menos en prueba de amistad, me confesaras la razón de tus recelos.

MANASES.—Yo recelo siempre, hasta en este momento. Pero no se trata de mí, que suelo esquivaros como puedo, me refiero a ese pueblo nuestro, al que tenéis tan sojuzgado, que un día va a explotar, haciendo pedazos vuestro tinglado.

ASER.—Sin embargo, esta fiesta será como un hueco de escape. Y a nosotros lo que nos importa es que el monarca esté a gusto con nuestros servicios. De lo demás, allá ellos.

MANASES.—Magnífico, Aser, tienes una espléndida manera de pensar; pero también a tí te habrán de pedir cuentas en su día, para enseñarte algo de lo que no puedes desentenderte.

ASER.—Manasés, me juzgas equivocadamente.

MANASES.—Bien, no te preocupes, Aser, que por ahora no está muy cercano el día de la ruina de nuestro "señor". Así que puedes exponerme tus proyectos.

ASER.—(*Descansando del fustigante diálogo*). Bien, Herodes quiere que los romanos se diviertan y me mandó organizar grandes festejos que le hagan olvidar la nostalgia que puedan sentir de la Roma lejana. Se derrochará dinero, y tú también cobrarás, en esta ocasión, mejor que nunca.

MANASES.—Sí, cobraré. Pero esta vez necesitarás justificar nóminas muy amplias. Los gastos serán enormes, como las justificaciones...

ASER.—Siempre tan mordaz, gracias que eres mi amigo.

MANASES.—De alguna manera tendré que cobrar.

ASER.—Descuida, Manases, esta vez cobrarás cuanto te pertenezca.

MANASES.—Me conformaría tan sólo con la mitad de lo que aparecerá realmente en nómina.

ASER.—Estás insoportable, y es necesario que nos pongamos de acuerdo...

MANASES.—Estoy siempre de acuerdo, no quiero caer en desgracia.

ASER.—Pues verás, el programa es estupendo. Serán tres días de festejos populares.

MANASES.—Y orgía continúa en palacio, comprendido. Algunas migajas llegarán al pueblo de estos festejos que tendrán eco en Oriente. Pero no temas, las bengalas no alcanzarán a despertar al César...

ESCENA CUARTA

HELI.—Señor, tres extranjeros aguardan audiencia real.

ASER.—¿Extranjeros? ¿Sabes sus nombres?

HELI.—No dieron seña alguna, pero dicen buscar al Mesías, nuevo Rey de los judíos.

ASER.—¿Cómo? ¿Al nuevo Rey de los judíos? Esto puede ser interesante. ¿Qué aspecto tienen?

HELI.—Son tres individuos algo extraños. Pudieran ser profetas, monarcas sin trono o distribuidores de sortilegios.

ASER.—Hazles pasar, mientras consulto la opinión real.

HELI.—Bien, señor. *(Se retira)*.

ASER.—Manasés, al instante estoy contigo. *(Sale)*.

MANASES.—También yo me retiro, no sirvo para esa diplomacia, imprescindible en la falsedad de estas ocasiones. *(Le sigue)*.

HELI.—*(Acercándose a la puerta principal)*. Pasad y aguardad aquí, mientras decide su alteza.

MELCHOR.—Gracias.

HELI.—(*Mientras se retira*). ¡Qué extraña respuesta en un potentado!

MELCHOR.—Esperemos, hermanos, que aquí nos den las señas definitivas.

BALTASAR.—En ello confiamos, aunque quizás se hubiese dignado recibir también al joven que nos acompañaba.

GASPAR.—¿Y nos recibirá a nosotros?

MELCHOR.—Esperemos que sí.

GASPAR.—Pero qué extraño judío aquél, apenas supo nuestras intenciones, desapareció sin dejar huella.

BALTASAR.—Huyó asombrado. En su humilde condición no concebía que pudiera encontrarse con otro humano hecho rey.

MELCHOR.—Pobre Isacar, soñaba con estrenar sus alas, como deben soñarlos los pajarillos recién nacidos.

GASPAR.—Y aguardaba. Parecía una torre de esperanza.

BALTASAR.—Los hombres que no han encontrado la sonrisa, suelen tener los ojos como diamantes.

GASPAR.—¿Y qué será de Ruht, aquella joven de la que tanto nos hablaba?

MELCHOR.—Ni siquiera la conocemos. Pero estará cada vez más viva en su corazón. Las rosas inalcanzables son las que ocupan siempre los ojos del jardinero.

BALTASAR.—¡Y los sueños imposibles!

GASPAR.—Pero qué raro, que en su propio pueblo no se conozca aún la llegada del Esperado...

MELCHOR.—Es lo frecuente, las virtudes del hermano suele conocerlas mejor el que habita a distancia.

ESCENA QUINTA

(Suena una marcha triunfal. Abriendo el cortejo real, un desfile de esclavos y servidores. Luego Aser y Datan. Entre flamelos, vestido de capa regia y corona, Herodes el Grande se dirige al trono con todo su despotismo y magnificencia. Los esclavos que le preceden, portan antorchas).

HELLI.—(*Anunciando*). ¡Su majestad altísima, Herodes el Grande!

LOS MAGOS.—(*Inclinándose*), Señor...

HERODES.—(*Una vez sentado en el trono*). Y bien, me he dignado recibirlos apenas se os anunció. Vosotros diréis quiénes sois, y qué deseáis del Rey de Judea.

MELCHOR.—Señor, yo soy Melchor, vengo de Persia y he dejado la altura de mi observatorio, desde donde examinábamos los astros, para acercarnos a rendir acatamiento al glorioso recién nacido. Nosotros adorábamos al "Grande, al luminoso, hermoso, activo e inteligente, y éramos depositarios de los anhelos religiosos de nuestro pueblo". Pero también lo fuimos de las profecías mesianicas. Nuestros antepasados nos enseñaron los oráculos de los profetas de Israel, y en Babilonia se escuchó clara como el agua de las fuentes, la palabra del soñador Daniel, intérprete prodigioso de sueños, juez supremo de los Sabios de Caldea, el que junto a las aguas del Éufrates reveló los años y los meses que faltaban para la venida del Mesías anhelado.

Por eso hemos venido, señor. En los tres nació la misma obsesión, y decidimos llevarla a cabo. Esperamos que vos nos digáis el lugar de su nacimiento, para que podamos llegar junto a sus plantas, antes que me lo impida mi avanzada edad.

HERODES.—Sorprendente y misterioso. Continúa...

GASPAR.—Yo, señor, soy Gaspar. Hasta el exaltado Oriente nos llegó el fulgor de una estrella misteriosa, que nos atraía con su luz arrebatadora, como si quisiera ayudarnos en nuestras ansias de encontrar al Mesías que le está prometido a la ciudad escogida de Jerusalén. Nosotros, que buscábamos la verdad, nos pusimos en camino con nuestros camellos, nuestros es-

clavos y los mejores presentes que encontramos en nuestros países. Ha sido un largo viaje; primero, por las llanuras polvorientas de Mesopotamia, después, por el desierto interminable de los nómadas hasta alcanzar Edesa, frontera del mundo romano, y las áridas riberas del Mar Muerto...

HERODES.—Y tú, hijo del desierto: ¿También quieres aclamar a ese “Rey de los Judíos”?

BALTASAR.—Yo soy Baltasar, señor. Hijo de las arenas infinitas y de las penas insondables. También fui llamado por el peregrino resplandor de la estrella. Sé que ante el nuevo Rey no hay diferencia de castas ni colores, que trata igual a todos, porque todos existen por su consentimiento; por eso, desde que supe de su llegada, me puse en camino deseoso de tributarle homenaje en nombre de nuestra paciente raza, tan comida de sol. Emprendimos el camino, y en los puestos de guarniciones, entre los mercaderes y mezclándonos con las caravanas, inquirimos a unos y a otros, sin que recibiéramos noticias concretas del lugar de su nacimiento. Unos sonreían, y los más nos miraban con lástima... sobre todo a mí. Mas yo les perdono, porque espero que algún día seamos nosotros quienes les compadezcamos a ellos... luego seguimos andando, y por fin llegamos a Jerusalén y decidimos acercarnos para escuchar vuestra real opinión...

HERODES.—(Con contenido sarcasmo) ¿No decíais que una estrella misteriosa os indicaba la senda?

MELCHOR.—Así fue, señor, pero antes de entrar en vuestra ciudad la perdimos de vista, desdichadamente.

HERODES.—Y su fulgor, ¿no tenía alguna señal sangrienta?

GASPAR.—Brillaba con luz penetrante y variedad de colores. Un iris nunca visto.

BALTASAR.—Parecía, señor, un mensaje celestial que deslumbraba sin herir nuestros ojos.

MELCHOR.—Era la clara señal de un nacimiento prodigioso.

HERODES.—Inmensa satisfacción me producen vuestras palabras. No podía tocar mayor gloria a Judea; porque segura-

mente, será un rey poderoso e invencible. Otro César...

MELCHOR.—Más, señor, El dominará el mundo de parte a parte.

HERODES.—(*Tremulo*). Dos miembros del Sanedrín están presentes y todo lo habrán previsto, ya que conocen bien las Sagradas Leyes. Mientras convocó al pleno, decíme: ¿Sabéis datos concretos? ¿Conocíais el lugar y la hora? ¿Callan?... Datán, dános rápido la acertada respuesta.

DATAN.—(*Tímido*). Sabemos que el tiempo deseado se acerca; pero no lo creemos tan próximo.

HERODES.—¿Y dónde ha de ser el lugar de su nacimiento?

DATAN.—Señor, Micheas dice: “Y tú Belén, tierra de Judá, no serás la última entre las principales de Judá, porque de tí nacerá el Jefe que apacentará a mi pueblo”. Luego yo creo, y el Sanedrín así lo ha confirmado, que de nacer en Belén.

HERODES.—Ya lo oísteis, hombres sabios; enviadme la nueva cuando le hayáis visto, porque yo también ardo en deseos de acercarme hasta su trono.

MELCHOR.—Gracias, majestad. Se cumplan vuestros deseos.

GASPAR.—Tan pronto le hayamos visto, volveremos para daros la grata noticia.

HELI.—Señor, un mendigo, que se dice del séquito de los extranjeros, desea unirse a ellos. Lo pide con insistencia.

HERODES.—¿Un mendigo en mi corte? (*Aser va a salir, pero Herodes le detiene con el gesto*).

BALTASAR.—Debe ser Isacar, señor, un joven judío iluminado, que desea como nosotros postrarse ante el Mesías.

HERODES.—Por lo visto, también le adorará la plebe. Es ese un Dios interesante. Hazle pasar.

HELI.—Enseguida, señor (*Safe*).

HERODES.—Siempre ha sido igual de tornadiza la chusma. Es in-

sólito, pero por ella se convulsionaron los tronos más sólidos. Habrá que estar alerta.

BALTASAR.—Nuestro seguidor desea la verdad y la justicia, como principio de amor.

MELCHOR.—Desea contemplar al Esperado, porque El es la luz y traerá la paz.

HELI.—Helo aquí, señor.

HERODES.—¿Qué desea el hijo de Judá “fiel seguidor de la paz y la justicia”? ¿Tramas algo?

ISACAR.—(*Postrándose*).

No tramo nada, señor, ni me quedan fuerzas para ello. Deseaba tan sólo unirme a estos venerables extranjeros con los que me encontré hace días, y a los que había perdido de vista mientras hablaba con un conocido que se dirigía a la sinagoga.

HERODES.—¿No vas también a visitar al anunciado “Rey de los judíos”?

ISACAR.—Ante nuestro rey estoy. (*Herodes se desconcierta*).

MELCHOR.—Habló bien, majestad, como deben hacerlo los súbditos. Pero el tiempo pasa, y si nos lo permitis, deseáramos poder reemprender el camino hacia Belén.

HERODES.—Sea, si es vuestro deseo. Pero no olvidéis que Herodes el Grande permanecerá en zozobra hasta que no tenga noticias de ese Rey, al que también desea ardientemente poder adorar.

MELCHOR.—Descuidad, que así lo cumpliremos.

GASPAR.—Gracias, señor, de regreso os contaremos lo sucedido.

BALTASAR.—A vuestras ordenes. Contad con nosotros. (*Salen*).

E S C E N A S E X T A

HERODES.—Aser, Datán, acercáos. Salid todos los demás, que no vea más sombras en palacio. (*Todos comienzan a sa-*

lir). Aser, en ti he confiado muchas veces, pero esta ocasión es temible... ¿Callas? Tu no puedes callar, el silencio es muerte, y ya has dado el primer paso para encontrarla.

ASER.—Señor, nadie podrá contra vos. Roma os ama, contáis con el apoyo de Grecia, y quien sabe lo que podréis hacer de Egipto. Vuestros súbditos os veneran, habéis embellecido la ciudad y enriquecido su templo, más que lo hiciera nadie. Por algo os denominan el Grande. No os preocupéis de embaucadores, señor.

HERODES.—Estás cayendo en desgracia, Aser. Esa no es solución. Datán, ¿qué dicen los viejos papeles?

DATAN.—No os preocupéis, aún no ha llegado la hora mesiánica. Esos serán impostores.

HERODES.—Pero ¿qué sabes de los extranjeros? ¡Habla!

DATAN.—El Profeta dice: “Alzará pendón a gente lejana y llamará silvando a los del cabo de la tierra, que vendrán pronto y velozmente. No hay entre ellos cansados ni vacilantes, ni sonnolientos; no quitará de su lomo el cinturón, ni se desatará la correa de los zapatos. Los cascos de su caballo son de pedernal, y las ruedas de su carro, un torbellino. Su bramido es de león; ruge como un cachorro de león y arrastra y se lleva la presa sin que nadie pueda arrebatársela”.

HERODES.—Basta, basta o haré sellar tus labios para siempre. Se está tramando mi ruina, se han unido para mi perdición.

ASER.—¿Quién podrá contra vos, señor?

HERODES.—Entre todos. Libertos y esclavos se han unido en contra mía. Pero les borraré a todos de la faz de la tierra. ¿Qué más sabes, Datán?

DATAN.—*(Timido)*. Recuerdo, señor, que hay un versículo que clama: “¡Ay de los que añaden casas y más casas, de los que juntan campos y campos hasta acabar el término, siendo los únicos propietarios en medio de

la tierra. A mis oídos ha llegado de parte de Javé Sabaoth, que las muchas casas sean assoladas, y las grandes y magníficas quedarán sin moradores...” (*Disculpándose*). Se refiere, señor, a los déspotas, pero vos estáis bien lejos de ellos. Vuestras obras lo pregonan.

HERODES.—Cesa; comprendo. La plebe será su mayor fuerza, y quizá haya llegado ya el momento de la plebe. (*Indignado*). Retiráos, salid. Pero vigilad al pueblo, averigüad hasta sus pensamientos. Sujetadles bien.

ASER.—Todos estamos con vos.

HERODES.—Todos no, porque yo tiemblo. Pero morirán. Y tú, viejo Datán, olvida esos malos agujeros, porque serán tu perdición.

DATAN.—Señor...

HERODES.—No muevas más esa lengua. (*A los dos*). ¡Fuegal ¡Fuegal!... (*Salen despavoridos*).

E S C E N A S E P T I M A

HERODÉS.—Es inevitable, mi perdición se acerca, la predijo mi hermana Salomé. Pero ¡ay de aquellos que la tramán!

MALTAKE.—(*Entrando*) Herodes, querido mío, no aflijas más tu corazón.

HERODES.—Mi amada Maltake, ya se acercan los cuervos para cebarse en mi trono.

MALTAKE.—Los cuervos no se atreven donde no los llaman, y si algún día llegaran reclamando sangre, yo les abriría mi pecho para que no profanaran el tuyo. Tú eres Herodes el Grande, no tiembles porque te persigan, sino por las persecuciones que hagas tú. Hoy, mientras parlamentabas con aquellos extranjerros, he visto desde mi lecho, cómo una enorme luna sangrienta brillaba por el cielo de Jerusalén, dejando caer gotas rojas sobre los hogares del pueblo que te dió la victoria. Y escuché, entonces, los alaridos de las

madres, que corrían despavoridas y llenaban mi estancia y se postraban implorantes, desgarrándose las vestiduras, mesándose los cabellos desesperadamente. Y sobre tantas y tantas lágrimas, las sonrisas lánguidas de los pequeñuelos de Judea, que aferrados a sus madres, iban entristeciendo hasta apagarse con agonía de luna.

HERODES.—(*Diabólico*). Sí, agonizarán. Ya lo había pensado. Daré órdenes inmediatamente para que sean degollados todos los menores de dos años. De esta manera no podrá escapar de mis garras el nuevo Rey de los judíos.

MALTAKE.—No, eso no es posible.
Os lo ruega Maltake, la que escoge los perfumes para vos y lava su cuerpo con baños de aurora y cubre de nieve su lecho, padeciendo frío, para que vuestros ojos puedan mirarse en su nieve. Pensad en los nardos de mis hijos, y en el dolor de tantas madres inocentes. Pensad...

HERODES.—Calla, Maltake, calla, o te haré también estrangular... Quiero seguir reinando sobre la sombras y nadie podrá arrebatarme mi reinado. ¡Aser!...

MALTAKE.—No dictes esa orden, ¡te lo suplico!

ASER.—(*Entrando*). Señor...

HERODES.—Haz saber, que por mandato de Herodes el Grande, rey de Judea, sean degollados todos los menores de dos años, sin compasión ni dilación alguna.

ASER.—Comenzaremos inmediatamente, señor. (*Se retira*).

MALTAKE.—Por vez primera, siento asco de tí.

HERODES.—Calla, Maltake, o haré que los buitres te destrocen.

MALTAKE.—Sellaré mis labios, pero que esa sangre inocente no caiga jamás sobre Maltake, la infeliz concubina. Que cuando lloren las madres y sus lamentos rompan las nubes de los cielos y resuebrajen la tierra, no me vean otra mancha que el haber querido demasiado a un monstruo.

HERODES.—¡Calla, calla! También a mi me da asco de mi cuerpo, y de tí, y del pueblo de Judea. Pero tengo que seguir reinando sobre todos, y borraré de la tierra a ese llamado Rey de los judíos. *(Como loco)*. Lavaré mis manos con la sangre de todos los inocentes, sangre caliente como cabellos de sol. Sangre como espuma. *(Trastornado)*. ¡Sangre, sangre como la muerte! Me da asco de mi cuerpo, y de tí y de todos los habitantes de Judea... *(Maltake va a acercarse a él, pero Herodes la empuja tirándola al suelo, mientras ebrio, fuera de sí, penetra en sus habitaciones. Lentamente cae el telón)*.

CUADRO CUARTO

(Lamento de las madres y los inocentes. Con telón de fondo de arena desolada, cruzado por una cinta roja como un río de sangre, aparece la inocencia de unos niños que juegan asustados).

LEVI.—A mí también querían cogermé los soldados, porque decían que era menor de dos años. Pero no se daban cuenta los muy ladinos, que yo tengo seis, lo que pasa es que estoy un poco raquítico.


JONAS.—A mi no pudieron atraparme, porque mi madre vació el algibe y se quedó sin agua para guardame en ella. Pasé un miedo... En cambio mi primo sí que la pasó bien, porque lo disfrazaron de niña y andaba por la calle como si nada. Pero yo no quise disfrazarme.

LEVI.—Menos mal que por mi casa no volverán esos soldados. Porque si no...

JONAS.—Los soldados no tienen culpa. Ellos hacen lo que les ordenan, como dijo mi padre.

MARCOS.—Mi madre no sabía nada de esa maldad del rey, y cuando se enteró de la orden iba a huir con mi hermano Leví, pero vinieron los soldados y lo sorprendieron gateando en la huerta, detrás de un pajarillo, y ya no lo hemos vuelto a ver. *(Llora)*. Dicen que lo degollaron. ¡Mi hermanito era bueno!

JONAS.—¿Y por qué habrán reyes tan malos? ¿Qué les hemos hecho los niños?



LEVI.—Es que el rey es un envidioso, y dice el Ratón, que en Belén ha nacido un Niño que será el más fuerte Rey de los judíos. Como Goliat de fuerte, pero bueno. Y Herodes está celoso.

MARCOS.—¿Y por eso han degollado a mi hermanito?...

JONAS.—El no ha tenido la culpa, sino el bandido de Herodes

MARCOS.—Pues si yo hubiera sido el Rey de los judíos que va a nacer, no se lo hubiera permitido.

LEVI.—Ni yo. ¡Maldita sea! Si yo supiera manejar la onda...

JONAS.—Ya nos enseñarán. Yo le oí decir a mi padre, que “ojo por ojo y diente por diente”.

MARCOS.—Pues vamos a ensayarnos en mi huerta, que está bastante escondida. Ya nos las cobraremos cuando seamos mayores.

LEVI.—Sí, vamos. Allí no nos descubrirán.

JONAS.—Cuando estemos adiestrados no sucederán estos abusos. Ya nos las pagarán.

MARCOS.—¡Vamos allá!

C U A D R O Q U I N T O

(Se ha hecho un oscuro como nacido de todos los grises triturados, como de la desolación que brilla en los ojos de la madre. Un eco de sonrisas infantiles, pone contrapunto al aseca agonía).

MADRE.—(*Apareciendo, sombra por el lateral derecho*) ¡Terrible maldición ha caído sobre Judá! ¡Benditos los senos estériles y los pechos que no amamantaron! Han secuestrado a las tórtolas y se han ajado todos los lirios. Sólo tenía un consuelo y una esperanza, me miraba en su tallo como si fuese a aborrecerle con mi mirada. Pero se lo llevaron de mis manos y han secado mis jardines. Han apagado todas las sonrisas de Judea. Al templo de Jerusalén se llega ahora a través de un sendero de lágrimas. Los cuchillos afilados en plena aurora han teñido de negro todos mis días. Derramaron el coral de su sangre, sin que yo pueda beberme hasta la última gota

de las hienas. Mi única primavera despertaba sonriente, y la han agotado antes de que el sol besara sus flores. La sonrisa de Jehová se ha marchado de mi tierra... ¡Benditos los senos estériles, y los pechos que no amamantaron!

RUTH.—*(Como una aparición, Ruth es la brisa para el consuelo imposible. Por mitigar su propio dolor se ha hecho peregrina de todas las penas)*. No mujer, ya los días no tienen razón para ser contados por la desesperación. Tu dolor tendrá su alegría, como vienen las nuevas primaveras endulzando los inviernos. Aún cuando todos los ríos estén secos, brotarán manantiales de agua nueva. Y en la hora triste, a sus pies estará su Madre, María, y nosotros con Ella, crucificadas en nuestro dolor.

MADRE.—No tiene la primavera lírios y ya estoy obligada al pie de mi cruz. Caminaré sobre las espinas, apretando mis pies descalzos hasta unir mi sangre a la suya. El tiene todos mis pensamientos.

RUTH.—¡Y sonarán las campanas de Belén, y tú encontrarás a tu hijo en el recuerdo, y yo ahogaré mis tristezas al encontrar a mi amado. *(Se hace un suave fondo musical)*. Todo se cubrirá de rosas blancas, y tu sonrisa será pura como el dolor morado de tu alegría. Alégrate, mujer, ya viene el nuevo día, ya llegan las canciones para los pobres y los tristes. *(Sube la música)*.

MADRE.—¡Sí, ya llegan! En Belén ha sucedido algo. En el mundo está sucediendo algo. Mis ojos están secos y tengo el corazón lleno de él. ¡Mi hijo no ha muerto, que está en mí! Veo su gloria, la siento. En Belén ha sucedido algo. En el mundo está sucediendo algo... *(Se dirige como fuera de sí hacia uno de los laterales por el que desaparece seguida de Ruth. Sobre un fondo musical se hace el oscuro)*.

C U A D R O S E X T O

(Pleno campo, florecido de todos los verdes. Las ovejas le dicen sus romances de amor a la hierba. Las esquilas cantan. La canción del gañán tiene rubores de estrella. Alguna pastora pasa con su cantarillo de agua silenciosa, mientras dialogan los pastores).

PASTOR 1º.—Ha sido grande la gloria de Belén. Nunca vimos noche tan resplandeciente.

PASTOR 2º.—Ni en pleno día pudo haber sido más puro el resplandor.

PASTORA.—Y qué canciones más hermosas. Jamás las escuché oído alguno.

PASTOR 2º.—No era para menos. Tampoco se ha visto criatura igual. Tenía la ingénuo dulzura de los corderillos. Pero ¿por qué habrá tanta miseria sobre la tierra?

PASTORA.—Tienes razón, daba lástima. Criatura tan hermosa merece mejor cuna. Pero me pareció tan extraño todo... Los ángeles, las canciones, la noche... y tanta humildad en la madre... Sí, allí había algo misterioso.

PASTOR 1º.—El ángel dijo muchas cosas que no pude comprender.

PASTOR 2º.—Tampoco yo le entendí, estamos demasiado acostumbrados al lenguaje de nuestras ovejas.

PASTORA.—Sin embargo, aquello de “Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad”, me ha llenado el corazón. ¡Estamos tan cansadas de la dureza de la tierra...!

PASTOR 1º.—Siempre sois iguales las mujeres, se fatigan por bien poca cosa. Estoy seguro que hasta del resplandor y las canciones de anoche llegaríais a cansaros si durasen mucho tiempo.

PASTORA.—No digas eso. No nos lamentamos por nosotras, lo hacemos por nuestros hijos. Si vieras cómo Benjamín, después del cansancio del día mira a las estrellas, sin que encuentre respuesta alguna, también te cansarías tú.

PASTOR 1º.—Las estrellas no sirven sino para alumbrar la boca del lobo de la noche. Pero hay otros lobos más terribles y cercanos.

PASTORA.—Ahora me explico por qué no habéis comprendido el mensaje de resignación que nos dieron anoche. El frío que pasa aquel Niño no os ha lastimado siquiera.

PASTOR 2º.—No digas eso, hicimos lo que pudimos. Yo le llevé a

su madre las dos mejores zaleas de mis ovejas. Pero también nuestros hijos pasan frío.

PASTOR 1º.—Pues yo le llevé el más blanco cordero de mi rebaño.

PASTORA.—Es que aquel Niño tenía los ojos diferentes a los ojos de los pastores. Yo he visto pocos recién nacidos, pero éste, casi me hablaba con la mirada.

PASTOR 1º.—Alguien aseguró que era Hijo de Dios.

PASTORA.—Por eso temblarían mis labios.

PASTOR 2º.—Por algo cayó de mis manos el cayado.

PASTOR 1º.—Ya podremos dormir tranquilos nuestras noche. Los lobos no arrasarán nuestros ganados ni perderemos ovejas en los atajos. ¡El traerá la justicia!

PASTOR 2º.—¡Qué Belén sea la cuna de la redención!

PASTOR 1º.—¡Gloria a Dios en las alturas!

PASTOR 2º.—¡Y paz a los hombres de todas las voluntades!

C U A D R O U L T I M O

(Como por un camino de hierba aparece la luna sobre el oscuro. Los pastores han desaparecido. Figurillas de un retablo, están ahora ante el portal viviente que se ha hecho sobre una cueva de luz. Allí, María, José y el Niño con toda la aureola tradicional de los belenes del mundo. Un personaje indiferenciado, intemporal candoroso, se adelanta hacia las candilejas; mientras recita):

PREGONERO.—Por fin te han encontrado, el oasis tenía que llegar; no les defraudes, Señor. *(Viendo a Melchor que adelanta hacia el portal, por el pasillo central del patio de butacas).* Ese es Melchor, el de las barbas blancas como la mirada de la luna. Viene cansado, sus años son muchos y su tierra lejana. Quiere darte las gracias, porque no has querido que maduren sus espigas para ser trilladas en cualquier era. Tiene todavía su corazón lozano, aunque su frente esté rugosa como las viejas montañas. Suele rezar como el poeta de todos los tiempos: "Haz que muera joven lo más tarde posible". Y lo ha conseguido. Acoge, pues, magnánimo, su tributo de bondad y experiencia.

MEICHOR.—(*Llegando junto al portal*). No se podían cansar mis pies, Señor, antes de tu llegada. La estrella me habló sin deslumbrarme y no me extraña que estés en un portal, porque sé de tu sabiduría. Conoces la vida, porque la diste, y eso es más que suficiente para saber de todos los desengaños. En mi mente ya no cantan los ruiseñores de la juventud aparente, y sin embargo, tienen todavía su nido en mi sangre. Mis labios perdieron la fogosidad para el ósculo, pero es sincera mi adoración: No hay ángeles con alas mejores, que los que vuelan desde la montaña de la ancianidad. (*Se arrodilla, depositando su ofrenda*). Te traigo, Señor, el símbolo de las espigas maduras, pero no sus frías consecuencias. Te ofrezco oro como a rey, aunque no quiera detenerme en su significación. Tú me comprendes, y yo adoro tu Majestad infinita y admiro tu infancia, porque sólo los hombres como niños podrán traernos la paz que el mundo espera, Señor.

PREGONERO.—(*Viendo avanzar a Gaspar*). Ese que llega es Gaspar, el joven que estudiaba las estrellas y quería descifrar todos los enigmas de la tierra y los espacios. El trae su corazón convulso como su mente. Te buscó durante muchos años, pero jamás te imaginó en tan sencilla pobreza. Confórtale, que comprende tu grandeza y deseche la duda. Que te sepa Dios por tu bondad entre los hombres, para que se tranquilice de la terrible agonía de su incertidumbre.

GASPAR.—(*Ante el portal*). Ya lo has oído, Señor. Mis ojos se han clavado en todas las estrellas, y la duda me ha punzado fuertemente el cerebro. Te anhelé como el ciervo que no encuentra fuente o la golondrina que olvidó su vuelo. Pero mis hermanos me orientaron, enseñándome tus canciones. Por ellos aprendí a cerrar los interrogantes inútiles, y a ignorar las preguntas innecesarias. Yo te pido, Señor, que no busque más las espinas del rosal, ni otra respuesta que tu infantil mirada. Que todos los porqués acaben en tí y los hallazgos de la Ciencia no me aparten de tu misterio, cada vez más necesario. (*Deja la ofrenda y se postra*). Acepta mi incienso, Señor, tiene el aroma más fino de Oriente y la esencia de las plantas más puras. Ante tí, la lluvia de flores de mi alma.

PREGONERO.—Calma las dudas de Gaspar, y acepta, Señor, la humildad que se acerca. Llega Baltasar, trae la noche en su rostro y la tristeza en su sangre. Le desconocen los hombres e ignora la canción de la alegría. Pero es bueno, Señor. Las espinas se han clavado en sus ojos, y sólo te reconoce en su dolor. Ya han pasado infinidad de auroras y aún perdura en su noche la estrella de la esperanza. ¡Qué la luz de Belén surja en claridades, y logre, como la alondra, entonar el himno de la alborada!

BALTASAR.—(*Ya en el escenario*). Es cierto, Señor. Mi rostro negro está triste, pero no rehuyo el dolor. Tú conoces al hombre en tus carnes y sabes de sus flaquezas y agonías. Tengo la sed del desierto, y el ansia infinita de sus arenas. Soy esclavo del río que se asombra, como tantos hombres, de mi color. Y tú puedes cambiarme, no lo hagas si no quieres, pero deja que diga su sombra la palmera. El sol ha quemado mis brazos y me está secando los ojos. Tú puedes tocar la roca para que brote el agua, porque Moisés también lo hizo. Todos los lirios que florezcan serán tuyos, y los jazmines también. Tú me comprendes, Señor. Aquí estoy para ofrendarte la mirra que escarbé con las uñas en mi corazón. Sé que pasaremos, como el siroco juega con las arenas o las nubes con el agua. Pero aunque sea bajo la tumba, cambia mi rostro negro, Señor. (*Se postra*).

PREGONERO.—(*Viendo a Ruth*). Y esa es Ruth, la esperada, la que ama a su hermano con toda su alma, y guarda su mirada más pura para ofrendártela en compensación. Ella también ha sufrido como debe de sufrir una torre de esperanza. Viene en tu busca y en busca de él. Tú lo ordenaste, Señor: Creced y multiplicaos, llenad la tierra". ¡Que llegue, pues, la igualdad para el amor, amplia forma de igualdad!

RUTH.—(*Viene transfigurada. Han pasado milenios. Es una muchacha de nuestra época*). ¡Gloria a tí, Divino Niño, porque en tí se compensan las miradas infantiles de mis ansias maternas. Mi tierra aguarda el rocío para sonreír, porque tú nos hiciste el uno para el otro. Mi padre ama sólo su avaricia, y yo busco mi

verdad, que es el amor. Mi mendicidad es la más grande, porque la mano que se extiende es la de mi alma.

Tú sabes que amo, Señor. No he nacido para erial, y sin embargo, no encuentran mis rosales tierra donde agarrar. Hasta las carpas de nuestros ríos aman, Señor. Yo tengo la frente clara y dolida como espejo que no encuentra rostro. Mírame, porque las campanas y el rocío están cantando tu natividad, y yo espero todo el contento de dos corazones en fiesta, en alegría sin tiempo ni fronteras, al igual que sucede a los verdaderos seres de tu tierra, Señor. *(Se inclina ante el portal, anhelante).*

PREGONERO.—Ya llega Isacar. Al igual que Ruth viene sin la túnica que cubría sus carnes de esclavo, puesto que para tí no tiene medida el tiempo, ya que eres Principio sin fin. Ese que llega es el mendigo sin nombre de los pueblos apartados o las ciudades populosas de todos los tiempos, al que aún no han aliviado sus hermanos, porque les ciega el egoísmo. Todavía no comprenden que tú estás en la simbólica humildad del pesebre, para que se amen de verdad los unos a los otros, como tú los amas. Que tú predicaste con el ejemplo, que es la única manera de valorar la palabra.

Pero ahí lo tienes, esclavo aún de su indigencia y soñando en la imposible Ruth. Que se cumplan de una vez tus palabras, Señor.

ISACAR.—*(Aparece con vestuario de mendigo de nuestro tiempo. Adelanta por el patio de butacas, hasta llegar al escenario).* Mis ojos se están liberando de tristezas y mis pies se alivian del cansancio de esta andadura de siglos. El dolor ha sido grande, pero nos quedó aliento para vencer las tiranías del camino. No creí que la alegría pudiera encontrar resquicios para acercarse hasta nosotros. Tú lo has logrado, aunque esperábamos un Rey de los judíos fuerte y poderoso, que acabara de una vez con las injusticias, después de tantos siglos de resignación y esperanza. Pero la igualdad tendrá que llegar a través de la comprensión, y su hora se acerca. Por eso, los mendigos de todos los tiempos y todos los pueblos,

los que tenemos hambre y sed de justicia, de amor y de paz, te aclamamos como al fabuloso Inventor de la Libertad. *(Se hace una música solemne y suave como para el esperado encuentro).*

RUTH.—*(Que estaba embebida en el portal le ha visto de pronto, y salta hacia él, loca de gozo).* ¡Isacar!

ISACAR.—¡Ruth, Ruth; por fin te encuentro. *(Se dirige hacia ella, enlazándola en abrazo indestructible mientras el pregonero dice a todos los vientos:).*

PREGONERO.—¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz para los hombres de todas las voluntades!

(Las voces recias de una coral de triunfo invaden el escenario, mientras cae el telón final).



**PIEZAS TEATRALES ESTRENADAS
DE ESTE AUTOR:**

- "Como en un sueño"**
(Reportaje bíblico)
- "El barbero de Temisas"**
(Comedia de costumbres)
- "Tierra de Cuervos"**
(Tragedia rural)
- "La Escandalosa"**
(Tragedia rural)
- "Fantasía para tres"**
(Farsa vanguardista en un tiempo)
- "...Y llovió en los Arbejales"**
(Tragicomedia costumbrista)
- "Prometeo y los hippies"**
(Reportaje teatral en dos tiempos)

DE PROXIMO ESTRENO

- "La ventana"**
(Desolación en dos tiempos. Premio de Teatro Pérez Galdós, 1968)
- "Cañadulce"**
(Comedia de costumbres)
- "Nadie llora en verano"**
(Farsa en colaboración con Jesús María de Arozamena)
- "El escultor del pueblo"**
(Relato y fantasía sobre algunas peripecias, andanzas y dificultades de la vida del imaginero canario José Luján Pérez)

OTRAS OBRAS PUBLICADAS

- "Tras la huella de una señora"**
(Apuntes históricos)
- "Sancocho"**
(Cuentos canarios)
- "Claridad Doliente"**
(Poema)

PROXIMA PUBLICACION

- "Gran Canaria"**
(Apuntes sobre la Isla)
- "Operación Joroba"**
(De Las Palmas a Madrid en camello)
- "Mascarones en la zafra"**
(Relato sobre la zafra tomatera)
- "Catalina Park", Ripoché Street**
(Relatos)
- "Baladas del guanche"**
(Poemas)
- "Odas de hoy"**
(Poemas)